

Hacia Una Vida Matriarcal

"El padre patriarcal cuya palabra es ley ha desaparecido prácticamente de la familia Americana, porque las condiciones sociales sobre las cuales se asentaba, tienden a desmenuzarse, dice Luella Cole. El padre de la moderna familia, continúa, por lo común trata de ser amigo de sus amigos, con tal éxito que ellos lo buscan para sus principales satisfacciones emocionales".

Esta nueva estructura de la familia Americana, fruto de la complicada organización económica que utiliza a los hombres al máximo para fines lucrativos, sin tener en cuenta la vida familiar, no es una novedad para países como el nuestro. La juventud argentina vive en la actualidad con los ojos puestos en la modalidad americana; su libertad, su bienestar económico, sus relaciones heterosexuales libres, no dejan de ser un atractivo. Ignoran, sin embargo, a qué precio se han conseguido tales libertades.

El hombre y la mujer americanos, desde la niñez reciben una adecuada preparación para el trabajo arduo y difícil, en beneficio de la patria. El ser madre no es un óbice para realizar tareas ciudadanas. Únicamente en las familias de origen latino se encuentra la mujer que no trabaja para dedicarse al hogar. Cuando el hombre y la mujer trabajan, es difícil pensar en más de un hijo. Este ha de pasar gran parte de su vida en un internado. Los niños se crían distanciados de sus padres y cuando llegan a la adolescencia prefieren salir en grupos o en parejas, completamente independientes de sus padres. Los matrimonios prematuros son un sucedáneo a la carencia de vida afectiva durante la infancia. Esta nueva estructura de la familia americana ha cambiado también las relaciones entre los esposos y de éstos con sus hijos. El matrimonio moderno no se construye por lo general, en orden a una familia con varios hijos y con residencia propia. La mujer es buscada por su atracción personal, más que por sus dotes de buena ama de casa o de futura madre de sus hijos. El joven ideal para el matrimonio es el atractivo y romántico, más que el hombre serio y trabajador capaz de adquirir una posición social y econó-

mica sólida. En tales condiciones, dos jóvenes han de correr el riesgo de descubrir recién en el matrimonio, cualidades o defectos imprevisibles. Estos matrimonios juveniles de puro afecto sensible se escudan con frecuencia en dificultades económicas para no tener hijos. En la sociedad americana no es precisamente un impedimento la cuestión económica, sino el terror a perder la libertad que tiene cada uno de los cónyuges, con el riesgo de que la mujer tenga que depender económicamente del marido, al menos durante la crianza de los hijos. Los matrimonios latinos, en los cuales se trata de conservar la estructura familiar con buen número de hijos, han descubierto que, con solamente los ingresos del marido, si la mujer permanece en el hogar, debido a la economía que ello implica, el matrimonio puede tener hasta cuatro hijos.

La mujer madre tiene en el matrimonio una mayor responsabilidad: debe conservarse atractiva para no desagradar a su marido, debe ser doméstica, buena e inteligente compañera, mantener el prestigio social y, además, tener algunas actividades fuera de casa. En cambio, el marido se contenta con menos: traer dinero a casa y ser un hombre aparentemente respetable. La mujer no se resigna a tomar tanto trabajo y responsabilidad, mientras el marido asume su actitud patriarcal. Un vehemente deseo de formar matrimonios igualitarios va inclinando a nuestra juventud a eludir las responsabilidades que acarrear los hijos. Para ello, cada uno de los futuros cónyuges empieza por buscar su independencia económica que procurará conservar durante el matrimonio. Pero, si los hijos llegan, es la mujer la que ha de tener la mayor responsabilidad con los problemas del hogar y de la crianza; con ello obtiene mayor prestigio, independencia en la educación de la prole y se llega irremediabilmente a la familia matriarcal. Al padre sólo le resta la comodidad de ser un compañero fiel de fin de semana y un entretenido camarada de sus hijos, cuando no cómplice de todas sus travesuras.

Gerhard Zimmer